

o la apropiación de su obra como un método desde el que enfrentar el debate filosófico, histórico y social son algunos de los temas abordados en este *De vagos y maleantes*. Como ya subrayamos, este texto será útil para aquellos jóvenes que no vivieron pero que hoy heredan las consecuencias de aquel contexto. El libro servirá también, como guiño, a la memoria de aquellos que locos, intelectuales, homosexuales o presos, supieron o necesitaron servirse de las ideas de Michel Foucault.

Diego Garrocho

**GARCÍA CÁRCCEL, RICARDO; SERRANO MARTÍN, ELISEO (EDS.),** *Exilio, memoria personal y memoria histórica. El hispanismo francés de raíz española en el siglo XX*, Madrid, Institución «Fernando el Católico» (CSIC)/Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 2009, 322 pp.

El hispanismo francés no es muy bien conocido en España. Pocos saben que Francia es de los pocos países europeos, por no decir el único, en el que el idioma español es una verdadera segunda lengua extranjera, enseñada en muchos institutos de bachillerato (*lycées*) e, incluso, en niveles equivalente a la E.S.O. española, todo ello pese a las horas semanales recortadas estos últimos años y pese a la ola de ideología «didactista» y «comunicativa» que, encarnada en inspectores, en programas de estudios y en reformas a cual más perniciosas, arrasa por Francia y —*hélas!*— por todo el orbe «colonizado». Muchos menos conocerán los numerosos departamentos de hispánicas, repartidos por toda la geografía gala o las publicaciones y los congresos de gran ca-

lidad que generan. En fin, una exigua minoría conocerá la «Casa de Velázquez», verdadero vivero del mejor hispanismo francés, radicada en la Ciudad Universitaria de Madrid.

Si indagásemos con verdadera honestidad intelectual en todo este rico panorama, tendríamos que preguntarnos a su vez si en España tenemos algo parecido en sentido inverso. Por poner un ejemplo, el Liceo Francés de mi ciudad natal, San Sebastián, uno de los más antiguos de todo el país, cerró sus puertas hace ya unos cuantos años. El francés languidece o sobrevive —que no sabemos si los dos términos son equivalentes— como segundo idioma en algunas comunidades autónomas, aunque parece que los esfuerzos van en el sentido de reforzarlo en todas partes. Los francesistas —palabra que en sí ya parece rara— tienen una actividad más que honorable y digna, pero se ven obligados en muchos departamentos a compartir licenciaturas o, ahora, grados, con los anglicistas, por falta de alumnos. Por último, ¿sabe el lector de alguna «Casa» que exista en París en donde el investigador francesista proveniente de España pueda disponer de una gran biblioteca y de medios para llevar a cabo sus investigaciones. No la hay tal, todo lo cual no es muy alentador. Lo que estoy diciendo parecería una provocación o sencillamente una pretensión utopista, pero es más que probable que mientras no se produzca una reciprocidad equilibrada en el ámbito del saber, seguiremos siendo, (por mucho PIB que supuestamente tengamos, por mucho G-20 al que pertenezcamos, por muchos inmuebles inútiles que hayamos construido), un país de segunda fila en la investigación humanista, en el contexto de la Europa occidental.

Este desequilibrio se redobla porque uno tiene siempre la impresión de que

los franceses, en especial algunos franceses, muestran una admiración y simpatía, realmente sinceras, con respecto a España y a los españoles, sentimientos que no son del todo compartidos en el sentido inverso. Tal vez un factor, de entre muchos, sea el hecho de que, hoy en día, representamos, dentro de los regímenes democráticos, dos modelos diametralmente opuestos de articular territorialmente el Estado. Hablad de jacobinismo a un nacionalista periférico en España y con un poco de suerte no saldrán enseguida de su boca pestes y admoniciones contra el paradigma —según ellos— del autoritarismo. Hablad de descentralización a un militante sindicalista o izquierdista, en Francia, y seguramente os mirará con indiferencia. Estar contra el centralismo se ha hecho sinónimo, al sur de los Pirineos, de ser progresista; estar en favor de la presencia del Estado central en los menores tejidos de la administración local es sinónimo de ser de izquierdas, sobre todo tratándose de políticas sociales, educativas y sanitarias. Estamos seguramente ante asociaciones tenaces, fruto de tradiciones políticas diferentes, que más valdría, de cualquier forma, poner en solfa de vez en cuando.

¿Verdad a un lado de los Pirineos, falsedad al otro lado, parafraseando a Pascal? Si todo fuese relativo parecería eso reconfortarnos, pero da la impresión de que, a menudo, la verdad imperante al sur de dicha cadena montañosa, ha ido a contracorriente de la modernidad histórica. Ahora parece no ser así y, de hecho, se habla más de excepción francesa que de excepción española, aunque lo ocurrido durante la crisis debería tender a corregir este aserto, dada la situación subalterna que ha puesto en evidencia nuestro país en el conjunto de la economía europea desarrollada. Este sentimiento sincero

mostrado a «*nos amis les Espagnols*», como dicen ellos, mejoraría en verdadera comprensión si algunos fuesen arrinconando de sus mentes, poco a poco, tópicos folklóricos y uniformizadores (¡la Inquisición, La Alhambra, el franquismo, los pronunciamientos, el flamenco, los toros, Picasso, Lorca, Almodovar y... Penélope Cruz!). Sea dicho de paso, un estudio reciente, muy esclarecedor sobre los lugares comunes acerca de España en estudiantes de Lenguas Extranjeras Aplicadas, en la universidad francesa, demuestra su carácter coriáceo, incluso después de cursada una licenciatura. La otra cara de la relación es que tenemos todavía, por poner un ejemplo, al sur de los Pirineos, gente que sostiene que España es el país más diverso y con más lenguas de toda Europa, olvidando el occitano, el alemán alsaciano, el bretón, e incluso el vasco y el catalán hablados al norte de la frontera. Nuestra ignorancia es el reverso de sus tópicos. Quizá sea el sino de todos los países vecinos, pero nuestro oficio como hispanistas nos debe obligar a luchar contra ese supuesto *fatum*, con tesón y rigor.

Creo que este libro que tenemos entre manos puede ser un instrumento muy adecuado para ayudar a comprendernos. El texto de Ricardo García Cárcel, que sirve de pórtico al libro, es un apretado panorama, clarificador y brillante, de las relaciones hispano-francesas, desde el siglo XVI al XIX, a fines del cual enlaza con la historia del hispanismo francés durante el siglo XX. Algunos de los problemas comentados aquí, en estas líneas, son explicadas con mucha mayor exhaustividad y profundidad. García Cárcel está en lo cierto cuando caracteriza el hispanismo francés, desde la impronta de la filología, durante la primera mitad del siglo pasado, (pensemos en Morel-

Fatio), y desde el enfoque «civilizacionista», como se dice en francés, durante su segunda mitad (pensemos en Bataillon, en Braudel y en el menos conocido Salomon). Este último enfoque ha propiciado, aunado con el empuje de los coloquios de Pau, auspiciados por Tuñón de Lara, durante los años 70, un verdadero florecimiento de la historia cultural que, sin embargo, no termina de fructificar en una verdadera historia de las ideas, ni en unos estudios culturales, de raíz semiótica o antropológica, al estilo anglosajón. Creo que también está en lo cierto cuando subraya el apego del hispanismo francés por el Siglo de Oro, hoy en día, desgraciadamente, en franco peligro de debilitamiento, y su menor apego por la historia contemporánea, si lo comparamos con el hispanismo británico, germánico o nórdico.

¿Cuál puede ser la razón de ello? Una razón indudable, que el libro muestra de manera directa o indirecta, es el origen de los hispanistas. Una parte, no despreciable, de los hispanistas franceses encuadrados en lo que se llama en Francia los estudios de Civilización de España, (expresión que puede parecer a los oídos españoles algo rimbombante e, incluso, de saborcillo casposo e imperial) son de origen español. No sólo ellos, también los pertenecientes al campo de la Literatura. Esto seguramente no ocurre en otros países de gran tradición hispanista, como en Gran Bretaña, al no haber recibido apenas ni emigración ni exilio. En Francia, no pocos profesores de la Universidad son hijos o nietos de emigrantes, de entre los cuales no habría que olvidar los provenientes de Argelia (*pièds-noirs* de origen español); otros han sido niños del exilio republicano de 1939 o hijos de exiliados, nacidos ya en Francia. La mayoría de los hispanistas

presentados en este libro pertenecen a estos dos últimos casos, siendo pocos los que podemos adscribir a la primera categoría. Todos tuvieron que nacionalizarse franceses (el tratado de Schengen estaba para ellos muy lejos en el horizonte histórico), asimilando con toda naturalidad, no exenta de dificultades y de desgarros existenciales y culturales, los vigorosos y acogedores valores de la república francesa. Si comparásemos con México, adonde afluyeron también exiliados republicanos, en menor número, pero con mayor formación intelectual, podríamos comprobar que buena parte de los niños del exilio, llamados de la segunda generación, se dedicaron allá a la creación literaria, a la filosofía, a la antropología, pero pocos de ellos se metieron a hispanistas, una señal, a mi modo de entender, de que la instalación en un país de lengua extranjera y de sólido pero rígido arquetipo institucional incitaba a recorrer una trayectoria segura y unidireccional por el hispanismo universitario.

El libro nos presenta los testimonios personales de once hispanistas franceses de origen español (B. Bennassar, F. López, J. Pérez, A. Redondo, J.-L. Guereña, A. Alonso, T. Gómez, J. Montemayor, B. Pelegrín, E. Trenc y J.-C. Villegas), acompañados de cuatro presentaciones del trabajo investigador de los cuatro primeros hispanistas a cargo de discípulos suyos. Estamos, así pues, ante un ejercicio de «egohistoria» (P. Nora) o de «autohistoriografía» (J.-F. Botrel), aleccionador y apasionante, que podríamos definir de una manera algo kantiana o dyltheyana como la indagación histórico-autobiográfica de las condiciones de posibilidad del trabajo que uno ejerce como historiador. Todos los convocados al encuentro aceptan el reto y dan muestra de talentos insospechados: en unos

literarios, en otros hondamente humanos o incluso filosóficos... Uno aprende mucho de cada trayectoria y termina la lectura del libro con un verdadero respeto y admiración por todas esas carreras, labradas en la dificultad, el sudor y el desarraigo. Cada lector extraerá del libro conclusiones o enseñanzas diferentes. Desde mi punto de vista es clarificador saber, por ejemplo, que Bartolomé Benassar, el único de los aquí convocados que ha trabajado sobre la Guerra Civil, no fue hijo del exilio y que su padre mallorquín era simpatizante de Miguel Maura, también lo es situar los trabajos de Redondo dentro del influjo «decisivo» de Bataillon o comprender por qué muchos de ellos, como Thomas Gómez, no se dedicaron a investigar sobre la historia de España contemporánea con el fin de tomar distancia respecto a sus duras vivencias personales y familiares, que él mismo nos cuenta con suma finura.

Julián Montemayor nos describe con brío y cierta nostalgia la vida de los exiliados en el sur de Francia. Los meandros de la identidad cultural y nacional de Benito Pelegrín están descritos con suma perspicacia. Jean-Claude Villegas ahonda en estos laberintos, aludiendo como él a las somatizaciones que inflige el desarraigo y al afán de superación, lo único que puede remediarlo, en parte. Jean-Louis Guereña nos explica por qué los que trabajan en «Civilización española» se sienten más a gusto en España que en Francia, con sus colegas historiadores. Joseph Perez inicide en las razones del «castellanocentrismo» del hispanismo francés. Eliseo Trenc insiste en sus ideas y vueltas, entre Francia y España, entre el hispanismo y el catalanismo, y recalca su identidad múltiple, europea. Bastantes hacen alusión a sus luchas con el signifi- cante, acentos eliminados, nombres cam-

biados, recuperación de nacionalidad, que lejos de ser secundarias manifiestan los sinsabores de una difícil ubicación nacional.

El estudioso del exilio republicano tiene además muchos materiales a partir de los cuales enriquecer su visión, y es que los testimonios de los hispanistas nos enseñan sobre sus obras, pero también se vuelven, al mismo tiempo, documentos históricos de indudable interés. Creo que las múltiples anécdotas y testimonios con que salpimientan sus intervenciones son de un indudable valor y sabor; sorprenderán y aleccionarán a propios y extraños, a todos aquellos que no tenemos un conocimiento suficiente o vivido de la sociedad francesa y española de los años cuarenta a setenta, en especial, de la vida cotidiana. Por todas estas razones, recomiendo encarecidamente la lectura de este libro tan entrañable como instructivo, que no es poco en los tiempos que corren.

Ricardo Tejada

**GARCÍA GIBERT, JAVIER**, *La humanitas hispana. Sobre el humanismo literario en los Siglos de Oro*, Salamanca, Universidad, 2010, 240 pp.

Javier García Gibert reflexiona, en primer lugar, sobre dos escollos que tuvo que solventar España a la hora de enfrentarse al Humanismo: si estaba preparada ideológicamente para recibir tal corriente y si lo estaba lingüísticamente para afrontar todo el conocimiento filológico que el Humanismo requería.

Son muchos los estudiosos que han discutido sobre la existencia o no de un Renacimiento español. Ello implicaba la pervivencia en España de ideas humanis-